

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN UNA SOLA VUELTA

# ¿Por qué no votar una sola vez?



**FERNANDO TUESTA Soldevilla**  
Profesor de Ciencia Política en la PUCP

**E**n política, no hay manera de enfrentar el COVID-19 sin reducir drásticamente la participación de los peruanos en la seguidilla de procesos electorales que nos deben de llevar al inicio de un nuevo mandato el 28 de julio del 2021. En esta columna, hemos propuesto reducir de cuatro a dos los procesos electorales (que se celebren solamente las elecciones internas de los partidos por Internet y una sola vuelta electoral presidencial), lo que permitiría reducir la movilización de personas de alrededor de 76 millones a 26 millones, y bajar el presupuesto de S/778 millones a S/295 millones. Es decir, menos gente movilizada, mayor seguridad sanitaria y, en consecuencia, mayor participación ciudadana en un solo proceso electoral, además de una cantidad considerablemente menor de dinero público utilizado.

Por eso, es necesario repensar los procesos electorales para conjugar adecuadamente los principios y procesos democráticos con la salud pública. Demás está preguntarse de qué valdrá un proceso bien organizado si los ciudadanos, por temor, no participan en él. Si no se llega a ese punto de equilibrio, mucha gente preferirá pagar una multa antes de exponer su vida y salud, y la de su familia. De esta manera, se deben entender las elecciones como un medio para acceder al poder y no como un fin en sí mismo. Se trata de pasar, para el 2021, de un sistema de dos vueltas a uno de una sola vuelta.

El sistema de doble vuelta electoral o 'ballotage', que es un mecanismo que se aplica continuamente desde la V República en Francia, tenía como propósito acotar el número de partidos y que el presidente elegido tuviera una

mayoría incuestionable. En América Latina, se importó este mecanismo que se extendió a muchos países empezando por Ecuador, en 1978, seguido del Perú, con la Constitución de 1979. Sin embargo, esa importación fue incompleta y, por lo tanto, errada. En Francia, primero se realizan las elecciones presidenciales en dos vueltas y, luego, las parlamentarias para la Asamblea Nacional en circunscripciones uninominales (también en dos vueltas). El resultado ha sido que el partido de gobierno obtiene la mayoría absoluta o la primera mayoría relativa, que se reduce moderadamente el número de partidos y que el presidente obtiene un apoyo electoral mayoritario.

¿Esto se logró en América Latina? No. El 'ballotage' solo opera para las elecciones presidenciales—no siempre simultáneas con las parlamentarias—y, al realizarse así, se quiebra la lógica francesa, por lo que el número de partidos no disminuyó, solo en la décima parte de los casos el presidente tuvo la mayoría absoluta y, en el caso extremo, un partido opositor, Fuerza Popular, obtuvo la mayoría absoluta de escaños en el Congreso, mientras que al partido del candidato que ganó la Presidencia, Pedro Pablo Kuczynski (PPK), fue la tercera fuerza parlamentaria con tan solo el 14% de los escaños.

Desde 1978, en América Latina, en 102 casos bajo el sistema de dos vueltas, el promedio del ganador de la primera vuelta ha sido del 43%. Tan solo en 18 casos se han revertido los resultados entre la primera y la segunda vuelta. En estos, solo seis superaron el 5% de diferencia. El caso más extremo de este fenómeno también se registró en el Perú, en donde Keiko Fujimori superó en la primera vuelta a PPK por una diferencia del 19%, pero perdió en la segunda.

El tema no es que el sistema de dos vueltas otorga más "legitimidad" que el de una sola vuelta, donde el promedio del ganador es del 50% de los votos. Ambos casos lo tienen, porque forman parte de sus reglas de juego aceptadas. Lo que aquí se propone es que, dadas las circunstancias de la pandemia y el

riesgo del contagio, se regrese al sistema de una sola vuelta, como ocurría en el Perú—y toda América Latina—hasta 1980. Es un sistema que no resta legitimidad al ganador. Si se quiere, puede existir un umbral, por ejemplo, de un tercio de los votos para ganar. En caso contrario, el Parlamento elige al presidente de la República, lo que permite reales coaliciones de gobierno, que otorgan una base política al ganador. Esta salida permite, más que ninguna otra, mayor participación y garantía sanitaria a la ciudadana. —

“Desde 1978, en América Latina solo en 18 casos se han revertido los resultados entre la primera y la segunda vuelta”.



ILUSTRACIÓN: GIOVANNITAZZA

MIRADA DE FONDO

# ¿Congresistas por celulares?



**DIEGO MACERA**  
Gerente general del Instituto Peruano de Economía

“¿Por qué no nos sinceramos y exigimos a todos los colegios privados cobrar la mitad de su pensión regular? Total, no están dando el servicio para el que los contraté. Por otro lado, yo sí sigo recibiendo igual que antes agua, luz y línea en mi celular, pero, aunque aún puedo, preferiría no tener que pagar ningún servicio. En esta situación de emergencia, ¿no sería justo también que se dejen de cobrar intereses a los préstamos y se pongan tasas máximas, o que se impida desalojar a las personas que no pueden pagar el alquiler? En verdad, todo sería más fácil si prohibimos que se despida a trabajadores o que se les baje el sueldo. Finalmente, ya que estamos en esas, deberíamos ser más conscientes y congelar de plano los precios de los bienes básicos, sobre todo alimentos y medicinas. Felizmente, por lo menos, el Congreso ya suspendió el pago de los peajes. A la gente no le alcanza para más”.

Estas demandas por mayor intervención económica son entendibles. Millones de familias han perdido ingresos y necesitan toda

la ayuda que se les pueda alcanzar. Un mínimo de empatía y solidaridad deberían hacer obvio ese punto.

Pero las políticas públicas serias necesitan más que solo buenas intenciones. La empatía y la solidaridad pueden perfectamente ser el motivo, el fin y el combustible para la acción, pero no todo el diseño. Las mencionadas arriba son respuestas simples—y en ocasiones tan emocionales como equivocadas—a problemas complejos. Con dos décadas de siglo XXI encima, la tecnología ya permitiría, por ejemplo, que todos los días los peruanos usemos el celular para votar sobre leyes y políticas en una especie de Congreso ampliado desde los 130 miembros actuales a millones de ciudadanos. Democracia directa digital. ¿Cómo cree, estimado lector, que quedarían las votaciones masivas sobre las propuestas esbozadas en el primer párrafo? ¿Qué podría salir mal?

Como cualquier país, para ser viable, el Perú requiere de una clase política y técnica profesional que, a partir de la empatía y de su mandato de representación, diseñe soluciones realistas y sostenibles. En cierto modo, la política existe para canalizar e interpretar los pedidos básicos de la ciudadanía, reflexionar y darle una forma eficaz, respetuosa de derechos y responsable.

Eso, hoy, se ha perdido en el Perú. El político funge ahora más de megáfono del grupo al

que representa que del líder ecuaníme y filtro. El consenso de especialistas y la deliberación sería entre pares e replazan fácilmente por la encuesta y el 'focus group'. Por ejemplo, un político responsable debería notar—y hacer notar—que poner a los colegios contra la pared perjudica a la larga a sus profesores y, sobre todo, a sus alumnos. Que impedir a las empresas ajustar su gasto en planilla hará que muchas quiebren, produciendo más desempleo. Que promover el no pago de servicios públicos pone en riesgo su continuidad y mantenimiento—y eso, en situación de emergencia, no es broma—. Que sobreregular el sector financiero dejará fuera del mercado a las cajas y a las mypes que necesitan créditos, encareciendo los servicios para el resto. Nada de esto se comunica al público. No es popular y no vaya a ser que lo acusen de proempresa.

Más bien, la dinámica a la que nos estamos aproximando es a una con los siguientes actos: (i) el Congreso pone sobre la mesa una iniciativa legislativa poco responsable y tremendamente popular, (ii) el Ejecutivo responde con una política menos dañina, pero en espíritu similar, y (iii) el Congreso atenúa ligeramente su posición inicial y la aprueba.

A este ritmo, el país que celebrará su bicentenario no será uno empobrecido únicamente por el virus. La política no parece ya un dique de contención en contra del populismo más primario, parece su mecha. —

RINCÓN DEL AUTOR

## Así somos



**PATRICIA DEL RÍO**  
Periodista

**E**l COVID-19 nos ha puesto desafíos que no nos sentimos capaces de enfrentar, porque parte de esta carrera de obstáculos se basa en problemas por décadas irresueltos. En necesidades ignoradas. En habernos acostumbrado a aplaudir nuestras cifras macroeconómicas (que, efectivamente, son un ejemplo) sin habernos esforzado en que toda esa riqueza ayudara a que la vida de los ciudadanos fuese más digna.

No se puede pretender que nuestro sistema de salud responda con eficiencia a la avalancha de enfermos que llegan diariamente a los hospitales, cuando hemos tenido uno de los presupuestos más bajos de la región y una incapacidad obscena para ejecutar el poco dinero que había. ¿Qué podemos esperar de un servicio al que antes del coronavirus se le morían los recién nacidos por falta de incubadoras? Hoy, repetimos hasta el cansancio que no hay cama para tanta gente, pero, para ser sinceros, nunca hubo. Los peruanos han vivido acostumbrados a que los peloteen de un hospital a otro, negándoles atención urgente.

No se puede esperar que hoy les llegue ayuda a los más necesitados si gracias a la precariedad de las condiciones laborales de millones de peruanos, los que no eran pobres ayer, lo son hoy. Nos hemos jactado de impulsar el crecimiento de una clase media

muy frágil, a la que el primer zamacón devolvió al grupo de los que no sobrevive sin asistencia del Estado.

No se puede exigir que la ayuda económica que está impulsando el Gobierno se canalice de manera eficiente, cuando nunca hubo un interés real ni del sistema financiero ni del Estado en dotar a cada peruano de una cuenta bancaria, de una nueva identidad que lo volviera un sujeto de crédito, un individuo identificable para otorgarle un bono.

No se puede pedir que los grandes mercados se conviertan de la noche a la mañana en un modelo de orden y pulcritud, cuando los peruanos hemos estado acostumbrados a caminar en pasadizos angostos, repletos de mercadería, sin el respeto mínimo a las normas de seguridad y salubridad.

No sé por qué nos sorprendemos tanto cuando vemos la situación por la que están pasando Ucayali, Loreto y las comunidades amazónicas, si, por siglos, la selva ha sido el lugar más olvidado del Perú, donde los índices de educación y salud siempre son los más bajos.

No entiendo el asombro cuando desaparecen medicamentos esenciales en las farmacias o se vuelven carísimos, si el Estado nunca ha logrado satisfacer la demanda de los que se atienden en el sistema público, y en el sector privado la competencia no es lo suficientemente importante para lograr un equilibrio de precios.

Nos hemos embeludado con la solidez de nuestro crecimiento económico. Hemos mostrado con orgullo las altísimas calificaciones con las que nos evalúa el mercado internacional, pero nos olvidamos de apostar por la calidad de vida de nuestra gente, de ofrecer una educación y una salud dignas del país que pretendíamos ser. —